



Prólogo

Marzo de 1993

Era la primera vez que Nellie volvía a Bethnal Green, su casa de la infancia, después de casi cincuenta años. La primera vez desde que había terminado la guerra. Cuando bajó del metro y puso un pie en el andén, buscando hacia dónde estaba la salida, se sorprendió al ver lo mucho que había cambiado la estación. Aún no se había terminado ni se habían instalado las vías cuando se la requisó para usarla de refugio antibombas público durante la guerra. Ahora, la gente le pasaba afanosamente por al lado mientras ella se aferraba a su maleta, intentando imaginar las miles de literas triples que ocupaban los túneles la última vez que había estado allí. ¿Cuántas noches interminables y llenas de preocupación había pasado allí abajo con su familia durante el Blitz? Demasiadas. Y después, con la guerra más avanzada, habían tenido que refugiarse muchas noches más de los frecuentes bombardeos aéreos.

El tren en el que Nellie había llegado retomó la marcha, con las ruedas repiqueteando contra las vías a medida que cobraba velocidad, y ella quedó en el andén, rodeada de recuerdos.

Observó que se habían cambiado las escaleras mecánicas cuando pisó acero brillante en lugar de los peldaños de madera que había antes, y arrastró la maleta con ruedas hasta el escalón que tenía detrás. Un músico callejero que se había instalado a los pies de la escalera entonaba *Bridge Over Troubled Water*, y la canción le llegaba a Nellie como un eco. Mientras subía por la escalera, cantaba la canción por lo bajo, recordando que en la guerra a veces les cantaba allí abajo a su familia y sus amigos. Llegó al vestíbulo y pensó en su querido Billy, a quien se le formaban hoyuelos en las mejillas cuando le sonreía. Ese era el lugar en el que muchas veces ella se detenía a hablar con él, a la vez que le prometía a su familia que ya los alcanzaría mientras iban a las literas a dormir.

Cuando ya había pasado por los molinetes, giró automáticamente a la izquierda. En aquel entonces, había una sola entrada y salida en la estación inconclusa. Ahora había otra a la derecha, pero si usaba esa, Nellie temía desorientarse al llegar a la calle. Todo era conocido, pero distinto: había carteles publicitarios en las paredes y una máquina expendedora en lugar del comedor del refugio. Le empezó a latir fuerte el corazón al subir los primeros siete escalones hasta el descanso, luego giró a la izquierda y comenzó a subir los diecinueve escalones. Diecinueve. Ahora estaban mucho más iluminados, claro, con un pasamanos central que antes no estaba, pero seguían estando los mismos diecinueve escalones. Al subir, la invadieron los recuerdos de las cientos de veces que los había usado, mientras las lágrimas le nublaban la vista y el estómago se le hacía un nudo.

Tenía que salir de la estación, buscar la casa de Barbara, saludar a su vieja amiga y beber una taza de té. Babs le había escrito unos meses antes, insistiéndole para que volviera por la conmemoración del quincuagésimo aniversario. A Nellie le había parecido una buena



idea, pero ahora allí estaba, después de todos esos años, con todas esas cosas delante.

Un grupo de jóvenes, al parecer estudiantes universitarios, de repente se abalanzó escaleras abajo. Nellie se corrió a la derecha y se quedó pegada contra la pared. Respiraba de forma entrecortada, con urgencia, y el corazón le latía con furia, sabía que eso no se debía al esfuerzo de subir la escalera. Se debía a lo que había pasado allí, cincuenta años antes. La noche que le cambió la vida para siempre. Sujetando la maleta con una mano y agarrándose el pecho con la otra, se encogió de miedo contra la pared, luchando para recuperar el control, haciendo un esfuerzo para recobrar el aliento.

–No te caigas, no te caigas –susurró.







PARTE UNO

Otoño e invierno de 1942



Capítulo 1

Era un sábado soleado de septiembre, en un otoño que aún parecía verano. Nellie había trabajado mucho toda la semana en la alcaldía, donde era la asistente de la alcaldesa, y ese día ansiaba un poco de normalidad, una pequeña muestra de cómo era la vida antes de la guerra. Antes de los bombardeos aéreos, el racionamiento y las incontables noticias lúgubres que se oían por la radio. Estaba llevando a su hermana menor, Flo, de picnic al parque. Hacía calor, ese calor que da ganas de que el tiempo refresque y caigan las hojas, para después lamentar haber espantado el buen clima.

El frescor del otoño no tardaría en llegar, pensó Nellie. Y con él, también vendrían los días oscuros del invierno, en los que saldría del trabajo ya de noche y volvería a su casa a los tumbos por las calles sumidas en la penumbra para ocultarlas de los aviones, con el peligro aguardando en cada una.

–Vamos, Flo. Apresurémonos, así tendremos más tiempo para el picnic –dijo, tironeándole la mano a su hermana.

Caminaron por las calles de Bethnal Green, donde siempre

habían vivido, pasando junto a una serie de tiendas de escaparates humildes: ropa de segunda mano, conejo y cordero en la carnicería (¡había quedado muy lejos la última vez que habían comido carne de res!), una fila, aún, en la verdulería para comprar manzanas de los huertos de Kent. En una esquina se alzaban los restos de la medianera de una casa bombardeada; una cortina todavía flameaba con tristeza en la ventana. Nellie apartó la vista de los lugares bombardeados, de los cascarones vacíos que alguna vez habían sido el hogar de otras personas, casas como la de ella. No quería estropear su buen humor pensando en eso ahora.

—¿Cuándo la van a reconstruir? ¿Cuándo volverán a tener la casa esas personas? —preguntó Flo, alzando la vista para mirarla.

—Cuando termine la guerra, supongo —suspiró Nellie, acomodando la canasta que le colgaba del brazo. Pero ella pensaba que era muy poco probable que las personas que habían vivido allí fueran a volver a su casa. Tal vez habían muerto dentro cuando les cayó la bomba.

—¿Y si la guerra no termina más?

Últimamente, los titulares alertaban sobre bombardeos de la Real Fuerza Aérea sobre Múnich, y a Nellie se le revolvía el estómago de solo pensarlo. Siempre que los británicos habían conseguido bombardear una ciudad alemana, no cabía duda de que pronto habría un ataque en represalia. Y por lo general eso quería decir que atacarían Londres. Y entonces, el East End de Londres volvería a estar en peligro.

Su hermana menor, con solo siete años, casi no recordaba lo que era vivir sin guerra, y no parecía que esta fuera a terminar pronto. Así como la guerra le había arrebatado la infancia a Flo, le había robado a Nellie la adolescencia, cuando debería haber estado divirtiéndose



sin nada de qué preocuparse. Aunque ya no era tan terrible como al principio, cuando habían atacado el puerto y los centros industriales, y cuando después, durante el Blitz, Hitler había enviado a los bombarderos a las zonas urbanizadas para intentar quebrantar el espíritu de los británicos. No lo había logrado. Los británicos seguían allí, luchando, y jamás se rendirían, como había dicho el primer ministro cerca del inicio de la guerra. “No nos rendiremos jamás”. Nellie levantó el mentón con aire desafiante al recordar el discurso del señor Churchill.

–Algún día va a terminar, lo prometo. Mira, ¡ya casi llegamos!
–Nellie sonrió, ansiosa por alegrar a su hermana mientras la llevaba por el puente que cruzaba Regent’s Canal para luego entrar a Victoria Park, donde las estatuas de dos perros montaban guardia en la entrada. Como siempre, Flo le dio una palmadita a cada perro al pasar junto a ellos.

En aquellos días, en los que Victoria Park estaba prácticamente ocupado por el ejército, con armas antiaéreas en una parte y un campo de prisioneros de guerra en el otro extremo, había pocos lugares donde se podía sentir verdadera libertad. Aun así, quedaba la pequeña zona de Vicky Park que estaba abierta al público, y muchos parques y jardines pequeños escondidos entre las calles de las casas adosadas victorianas. En algunos habían plantado verduras, pero en otros los niños aún podían ir a jugar, y siempre había algún partido de fútbol en alguna parte, en los que los varones marcaban los arcos con chaquetas.

Un poco más adelante, cruzaron el puentecito que llevaba a una isla minúscula en medio de un estanque.

–Antes no se permitía a los niños venir a esta isla –Nellie le contó a Flo–. Era solamente para adultos.



—¿Nunca viniste a la isla hasta que fuiste adulta? —preguntó Flo, con los ojos como platos.

—En realidad, sí veníamos —respondió Nellie con una sonrisa—. Babs, Billy y yo. Uno distraía al cuidador y los demás corríamos por el puente hasta llegar a la isla. Cuando el cuidador nos descubría, nosotros ya la habíamos recorrido por completo y no le quedaba más remedio que perseguirnos, pero corríamos más rápido, así que no tenía chances de atraparnos.

Flo rio, y Nellie se echó a reír también. Qué épocas aquellas, antes de la guerra, cuando aún iba a la escuela y Flo era bebé. En ese entonces, Nellie, su mejor amiga Barbara y el hermano de ella, Billy, eran inseparables. Los tres tenían casi la misma edad, porque Billy solo le llevaba un año a Nellie y Babs tenía un año menos. Se habían criado juntos. Ahora ella tenía dieciocho, era más o menos adulta, una mujer trabajadora con un empleo importante en la alcaldía, pero a veces deseaba seguir siendo niña y poder jugar a las escondidas en el parque con Billy y Babs.

Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, divisó una silueta conocida que caminaba hacia ellas, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me parecía que eras tú, Nellie Morris! ¿Van de picnic? —exclamó Billy, señalando la canasta que le colgaba del codo.

—Sí, decidimos aprovechar el buen clima, y a Flo le encanta ir de picnic.

—Y seguro también le gustan las cosquillas —dijo Billy, abalanzándose sobre Flo. Ella salió corriendo a puro chillido, y Nellie se quedó mirándolos, riendo. Billy era como un hermano mayor para ellas, y Nellie lo quería mucho. En momentos como ese, casi era posible olvidar que había una guerra, y esos eran los momentos que le daban fuerza para seguir adelante.



Después de dar una vuelta a la isla, los dos volvieron; Billy jadeaba sin cesar.

–Ya corre demasiado rápido para mí –dijo, resollando un poco.

–Cuidado, Billy. El asma.

Él asintió con la cabeza y tomó unos de los cigarrillos medicinales que siempre llevaba encima. Con unas pitadas, la medicación del cigarrillo entraba a sus pulmones y detenía la sibilancia.

–Ya sé. Ya se me va a pasar. –Encendió un cigarrillo e inhaló profundamente–. Listo. Ya estoy bien. ¿Qué tienen para comer? –Señaló con un gesto de la cabeza la canasta de Nellie, que contenía el picnic preparado por su madre, Em.

–Unos sándwiches, galletas de mantequilla, agua de cebada y limón. Alcanza para tres si quieres sumarte. –No alcanzaba, la verdad que no, pero le pareció que debía ofrecerle.

Billy negó con la cabeza.

–Me gusta la idea, pero no puedo. Estoy de guardia más tarde. Los bombardeos no esperan a que terminen los picnics. –Hizo una venia de mentira, le revolvió el pelo a Flo y se marchó.

Nellie lo observó mientras pasaba junto a dos mujeres de mediana edad; una de ellas llevaba un caniche con una correa. Se quedaron mirándolo y sacudieron la cabeza en señal de desaprobación, y el perro ladró. No intentaron calmar al animal. Sin duda, las mujeres pensaban que Billy era un objetor de conciencia, porque hoy no llevaba uniforme. No sabían que él era uno de los guardias que daban la voz de alarma en caso de ataque aéreo. Desconocían todo su esfuerzo, las guardias extras que hacía, todas las noches que pasaba supervisando a la gente en el refugio de la estación de metro, a pesar de que estar metido ahí abajo, en ese ambiente húmedo, no le hacía bien a los pulmones.



Todos ayudaban en algo durante la guerra. Su padre, Charlie, trabajaba unas horas por semana como vigilante de incendios, además de su empleo fijo en los almacenes del puerto de Londres. Babs trabajaba en una fábrica, en la que hacía uniformes.

—¡Nellieeee! ¿Cuándo vamos a comer los sándwiches? Voy a guardar la corteza para los patos. ¿Los ves por allí? ¡También hay patitos bebés!

—¿En serio? ¡Vamos! —Nellie dejó que Flo la llevara por la orilla de la isla. En efecto, entre unos juncos, había una familia de patos. Los patitos eran unas cositas suaves y esponjosas, y Nellie apenas podía mantener a Flo en tierra firme y evitar que intentara tomar alguna de las criaturitas.

Al otro lado del parque, en el área cerrada al público, las enormes armas antiaéreas, o las “ack-ack” como les decían en inglés, yacían en silencio, apuntando al cielo, listas para entrar en acción en el siguiente ataque. Sin embargo, allí, a sus pies, había un pequeño recuerdo de que la vida continuaba como siempre.



Estaban guardando todo cuando empezaron a sonar las sirenas estridentes de los ataques aéreos.

—¿De día? ¿En serio? —dijo Nellie con sorpresa, mientras el corazón le comenzaba a latir con fuerza. Metió las cosas en la canasta y tomó a Flo de la mano—. ¡Vamos! ¡Hay que correr!

—¡Nellieeee! ¿Adónde vamos? ¡No quiero que me caiga una bomba! —gritó Flo, aterrada. Estaban lejos de la estación de metro a la que solía ir su familia a refugiarse de los ataques, y demasiado cerca de las armas antiaéreas, que muy posiblemente podían ser blanco



de los bombarderos alemanes. Nellie imaginó que una bomba caía sobre las armas, la metralla las alcanzaba a ambas y la pequeña Flo caía, ensangrentada, sin vida... No, eso no podía pasar. Tenía que salvar a su hermana.

Había un refugio antibombas cerca de la entrada del parque, por donde habían pasado al entrar. Era uno de esos hechos con chapas de hierro, enterrados en el suelo, pero era lo que había. Cualquier cosa era mejor que quedar a la intemperie. Mientras Nellie corría, sujetando con fuerza la mano de Flo, pasó por encima de ellas una ola de bombarderos alemanes, a una altura suficiente para llegar a distinguir el emblema de la Luftwaffe en las alas. Los motores chillaban y rugían; un sonido muy distinto del de los aviones de la Real Fuerza Aérea que muchas veces pasaban volando en formación, yendo a bombardear ciudades alemanas. Flo se detuvo a mirarlos. Nellie se dio cuenta de que quizás era la primera vez que veía al enemigo. Los bombardeos solían ocurrir de noche. Tenía miedo de que los aviones abrieran fuego con las ametralladoras en cualquier momento, y ni hablar de las bombas que llevaban.

–¡Hay que correr, Flo! –insistió Nellie, rogando poder proteger a su hermanita. Llegaron al refugio y ella metió a Flo dentro de un empujón, jadeando con fuerza. En el interior, abrazó a la niña, con la mejilla apoyada en su cabello rizado. Gracias a Dios lo habían logrado.

–Fiuu, justo a tiempo, señorita –dijo un muchacho dentro del refugio, que sujetaba a su perrito mientras intentaba recobrar el aliento.

–Sí. No sé por qué la sirena sonó tan tarde. Apenas tuvimos margen de llegar.

–Bombardeo de día, ¿no? Nuestros muchachos solo vigilan de noche, me parece.



Nellie no creía que eso fuera cierto y se subió a Flo al regazo, esperando que sus padres y su hermano, George, estuvieran a resguardo. Al igual que todos los habitantes del East End, ya eran veteranos a la hora de lidiar con los bombardeos. Pero por más veces que sucedieran, a ella le seguían dando terror: la idea de que quizás esa fuera la bomba con su nombre, de que quizás esos fueran sus últimos minutos en la tierra. Intentó respirar hondo para calmarse, decidida a no llorar ni dejar que Flo viera lo asustada que estaba.

Las armas antiaéreas empezaron a disparar; el sonido era mucho más fuerte de lo que Nellie solía oír porque estaban muy cerca, pero daba cierta tranquilidad saber que estaban defendiendo la ciudad. En este refugio pequeño entraba apenas un puñado de personas. Solo había una plancha de madera para sentarse y el suelo era de tierra, muy distinto al laberinto de la estación de metro al que se habían acostumbrado. Allí abajo, tenían literas, baños, una cocina en la que se servía comida caliente y hasta había un teatro pequeño para entretenerse.

—Qué bueno que no tengamos que venir aquí cada vez que nos bombardean, ¿no, Flo? —dijo Nellie, abrazando a su hermana con más fuerza. Flo asintió con la cabeza y se acurrucó contra ella. Era aterrador estar en ese refugio minúsculo mientras se oían los aviones que volaban por encima, el estruendo de las armas antiaéreas y el ruido sordo y distante de alguna que otra bomba. En el metro, los sonidos de la guerra se oían más apagados y era más sencillo soportarlos. Además, estaban con Em, Charlie y George, y Nellie no era la única responsable por Flo. Pestañeó para limpiarse una lágrima, mientras intentaba guardar la calma.

Cuando al menos los ruidos de los aviones y las armas disminuyeron, sonó la sirena que indicaba el final del bombardeo. Nellie



ayudó a Flo a salir del refugio, y empezaron a caminar a su casa, en medio del aire polvoriento y los escombros nuevos. Al doblar la esquina y entrar en la calle Morpeth, flanqueada por hileras de casas adosadas, George abrió la puerta principal de su hogar, seguido por su padre.

–Estaba en la calle –dijo George, sin aliento– cuando llegaron los bombarderos. ¡Qué bajo iban!

–También los vimos, desde nuestro refugio –respondió Nellie, sintiendo un escalofrío al recordar cómo habían bajado en picada, tan cerca del suelo.

–¡Les veía lo blanco de los ojos! –continuó George–. El líder tenía el cabello rubio, como Flo. ¡Me tuve que meter debajo de un arbusto para que no me disparara!

Charlie lo fulminó con la mirada.

–¿Qué hacías en la calle? Métete en un refugio apenas oyes la sirena, ¿no te lo digo siempre?

–Eso hice, papá, pero... –arrancó George.

–No te alejes más del metro, ¿me oíste? Así puedes ir directamente allí. –Charlie apuntó a su hijo agitando el dedo.

–¡Nellie y Flo estaban lejísimo del metro, cuando fueron al parque!

–Apenas a unas calles, tonto –dijo Nellie, mirando a su hermano con desdén.

–Al menos ellas llegaron a un refugio. –Charlie se pasó las manos por el pelo. Parecía haber caído en la cuenta de que sus hijos habían estado en peligro, a plena luz del día, en un sábado soleado de septiembre. Eso también le dio escalofríos a Nellie. Si le hubiera pasado algo a Flo mientras paseaba con ella, jamás se lo habría perdonado.

Nellie abrazó a su padre y le dio un beso a su madre, que los hizo pasar a la casa.



–Está bien. Estamos todos bien. Pero cada vez hay más, ¿no? Al menos no es tan terrible como en el Blitz. –Entre 1940 y 1941, había habido bombardeos casi todas las noches, y prácticamente se quedaron a vivir en el refugio de la estación de metro. Nellie no soportaba la idea de que volviera a pasar eso.

–Sí, es cierto –concordó Charlie–. Condenada guerra, ¿eh? En cuanto uno se acostumbra y cree que lo está llevando bien, aparece algo nuevo, como esto. En una tarde soleada, encima. No puede ser.

Nellie estaba a punto de responder cuando oyó que alguien golpeaba a la puerta.

–Deben de ser Ruth y John –supuso Em, apresurándose para atenderlos.

Pero el único que estaba en la puerta era John, con un galgo negro atado a una correa.

–Disculpen, Em, Charlie –dijo–. Ruthie no se siente bien para venir a tomar el té hoy. Ese bombardeo en pleno día la dejó temblando.

Los tíos de Nellie habían ido a tomar el té con ellos todos los sábados desde que ella tenía memoria. Era una tradición familiar. Pasteles, un par de partidas de naipes y muchas risas... con o sin guerra.

Ruth era la hermana de Charlie, y Nellie siempre había estado muy unida a ellos. Solía escaparse con Babs a la casa de ellos cuando se metían en problemas con sus padres. Ruth les daba galletas y decía que podían quedarse a vivir allí y jamás volver a su casa. Pero para la hora del té, las niñas ya extrañaban su hogar y querían ver a sus madres. Pero Em y la señora Waters siempre sabían dónde estaban, porque Ruth les enviaba un mensaje por medio del hijo de una vecina.

–Mándale saludos –dijo Charlie. Nellie sabía que a él le preocupaba la salud de su hermana. Y considerando que era un hombre



acostumbrado a poder arreglar cosas, a mejorarlas, era un martirio para él no poder hacer nada para curar la tuberculosis que la aquejaba, y que había empeorado por todas las noches que había pasado en medio de la humedad del refugio antibombas.

Desde el inicio de la guerra, las familias se habían vuelto más unidas, dependían del apoyo que podían darse, y Nellie no soportaba la idea de que Ruthie no estuviera.

La muchacha bajó la vista al perro, que le olfateaba la mano.

—¿Un galgo nuevo? ¿Dónde está Oscar?

—Este es Oscar. —John se echó a reír—. ¿No lo reconoces?

Nellie frunció el ceño. Oscar, el perro de su tío, era un galgo de pelaje jaspeado. Este perro era negro, aunque le lamía la mano como si la conociera.

—¿Otra vez vas a probar ese truco? —dijo Charlie con una carcajada.

—Sí. Ya funcionó una vez, y debería volver a funcionar.

—¿Qué truco, tío John? —preguntó Nellie.

Él se le acercó y le contó:

—Todos saben que Oscar siempre gana. Lo pinto de negro, lo inscribo en otra carrera con otro nombre, como un desconocido. Le apostamos con buenas probabilidades. Él gana, nosotros cobramos, y listo. —John le guiñó el ojo a Nellie—. No importa si estamos en guerra, hay que aprovechar cualquier oportunidad para ganar dinero.

—¿Dónde lo vas a llevar a correr, y con qué nombre? —preguntó Charlie—. Le voy a apostar un poco. Por ahí gano unas monedas.

—En Walthamstow, hoy a las ocho de la noche. Haz tu apuesta ya, Charlie. Ahora se llama Señor de las Tinieblas.

—¡Qué nombre impresionante! —dijo Nellie riendo—. Bien, buena suerte para Oscar y un beso para la tía Ruth. Lamento mucho no verla hoy.



Em volvió con las galletas de mantequilla envueltas en papel.

–Toma. Para que Ruth las coma con el té, y que el perro no se les acerque.

–Gracias, Em. Le van a gustar. Ah, me dijo que les diera estos. No los necesitamos, tenemos suficientes. –Le dio unos cupones de racionamiento a Nellie.

–Gracias, tío John –agradeció ella con una sonrisa.

–Tenemos que compartir lo que tenemos, ¿no? Bueno, vamos. –John se marchó con el perro mientras Charlie y Nellie lo despedían con la mano.

Siempre pasaba eso: los parientes y amigos compartían lo que tenían, aprovechaban lo que podían, valoraban los pequeños gestos de los demás. Un día las cosas cambiarían, y volverían a ser como antes de la guerra, cuando no tenían mucho, pero siempre había suficiente para todos.

